

LA LÍNEA DE LOS JUEVES

La mujer llamó por primera vez un jueves, a las siete y doce de la tarde.

—Julián, ¿has cenado?

Mateo llevaba casi una hora delante del informe de incidencias del aparcamiento. Había escrito la fecha y el número de vehículos que habían entrado durante el turno. El resto de la pantalla seguía en blanco. Afuera llovía sobre la rampa y los coches bajaban con los limpiaparabrisas todavía en marcha.

—Se ha equivocado —dijo.

Hubo una pausa.

—¿Julián?

—No. Este número no es de Julián.

—Dile que se ponga.

Mateo miró la garita. Dos monitores de vigilancia, un perchero, una cafetera pequeña y una planta de plástico a la que alguien había pegado una colilla en la tierra de mentira.

—Aquí no hay ningún Julián.

—Está trabajando.

—No lo conozco, señora.

—Bueno. Pues cuando llegue, que no se olvide de la bufanda.

—De acuerdo.

Mateo dijo aquello para terminar la conversación. La mujer colgó sin despedirse.

Anotó el número en una esquina del cuaderno del turno. No era una incidencia y no pensaba hacer nada con él. Aun así, debajo escribió: «Pregunta si ha cenado». Luego tachó la frase. Se sintió ridículo.

Hacía años que nadie se interesaba por sus cenas. Su hija Laura le escribía de vez en cuando, casi siempre para resolver algo concreto: una carta del banco que aún llegaba a su casa, la renovación del seguro del coche, una caja que había dejado en el trastero. Desde la discusión de octubre no se habían visto. Todo había empezado por una humedad en el dormitorio de Laura. Ella le pidió que no llamara al casero; Mateo llamó, concertó una visita y se presentó con el técnico mientras ella estaba trabajando. Cuando Laura protestó, él respondió que alguien tenía que resolverle la vida. Después había enviado dos mensajes de felicitación y una fotografía de un perro que se parecía al que tuvieron cuando ella era niña. Laura respondió al primero con «gracias». Los otros quedaron marcados como leídos.

El jueves siguiente, a las siete y doce, sonó el teléfono.

—Julián, soy mamá.

Mateo reconoció la voz.

—Señora, volvió a equivocarse.

—¿Qué dices?

—Este no es el número de su hijo.

—No empieces.

—Me llamo Mateo.

—Eso no tiene gracia.

—No es una broma.

La mujer respiró cerca del micrófono. Mateo oyó de fondo un concurso de televisión y el ruido de una cuchara contra un plato.

—¿Has cenado o no? —preguntó ella.

—Todavía no.

—Siempre igual. Luego te duele el estómago.

—Cenaré cuando salga.

—¿A qué hora sales de la imprenta?

—No trabajo en una imprenta.

—Pues claro que trabajas allí. Desde que cerró la de la calle Mayor estás en la otra.

Mateo no respondió.

—¿Y Elena? —continuó la mujer—. ¿Sigue enfadada?

—No conozco a Elena.

—Eso dices cuando os peleáis.

La llamada terminó de repente. Mateo miró el teléfono y pensó que se había cortado. No devolvió la llamada.

Durante la semana olvidó el asunto. El jueves, sin embargo, consultó la hora varias veces. A las siete y diez dejó de escribir. A las siete y doce, la mujer llamó.

—¿Julián?

—Soy Mateo.

—Ya estamos.

—¿Cómo se llama usted?

—Mamá.

—Su nombre.

La mujer tardó en contestar.

—Adela.

—Adela, este número no es de Julián. Quizá lo ha apuntado mal.

—Lo tengo guardado.

—También puede estar guardado mal.

—Celia lo puso.

—¿Quién es Celia?

—La que viene por las mañanas. No me gusta cómo coloca las toallas.

Mateo buscó una forma de explicarle lo mismo por cuarta vez. Adela se adelantó.

—Si no eres Julián, ¿por qué contestas?

La pregunta lo dejó callado.

—Porque ha llamado a mi teléfono.

—Pues eso.

Hablaron seis minutos. Adela se quejó de la sopa que le habían dejado preparada, preguntó dos veces por una nieta llamada Sara y contó que el ascensor llevaba todo el día haciendo un ruido raro. Cuando Mateo insistió en que llamara a Celia, ella dijo que no quería molestarla.

—A mí sí me molesta —dijo él.

—Tú siempre has sido más fácil.

La frase le hizo reír, aunque intentó que no se notara.

Las llamadas continuaron. Siempre los jueves. Casi siempre a la misma hora. Mateo empezó a reconocer los días buenos. Adela sabía dónde estaba, recordaba que Julián era su hijo y aceptaba durante unos minutos que Mateo era un desconocido. En los días malos, hablaba con él como si llevaran una conversación comenzada años atrás.

Mateo intentó averiguar el número correcto. Preguntó por el apellido de Julián, por la dirección de Celia, por el nombre de la imprenta. Adela respondía una cosa distinta cada semana. Una tarde le dio un número de seis cifras. Otra le dictó el suyo propio.

—Mira en la agenda —le pidió él.

—Ya estoy mirando.

—¿Qué pone junto a Julián?

—Julián.

—Debajo del nombre.

—Una foto de cuando hizo la mili.

Mateo dejó de insistir.

Al principio, las conversaciones duraban cinco o diez minutos. Luego se alargaron. Adela le hablaba de un balcón con geranios, de una vecina que arrastraba los muebles de madrugada y de un marido muerto al que unas veces echaba de menos y otras insultaba. También hablaba de Julián. Había trabajado en una imprenta; estaba separado de Elena; tenía dos hijos, Sara y Pablo; prometía ir los domingos y casi nunca iba.

Mateo tomaba notas para no confundirse. Lo hacía en un cuaderno que guardaba en el cajón de la garita. «Sara vive en Valencia. Pablo tiene un niño. Elena, no preguntar». En la primera página escribió en mayúsculas: «NO SOY JULIÁN». La advertencia no servía para Adela. Servía para él.

Una tarde ella le dictó una receta de bizcocho de limón. Mateo no cocinaba, pero compró lo necesario al salir del turno. Usó un molde demasiado grande y el bizcocho quedó plano. Llevó la mitad al trabajo. El vigilante de la noche comió dos trozos y preguntó si se había echado novia.

—Tengo una señora que me llama para saber si ceno —respondió Mateo.

—Eso es más serio.

Guardó una porción para Laura. La envolvió en papel de aluminio y la dejó en la nevera. Dos días después seguía allí. No había llamado a su hija para ofrecérsela. Se la comió de pie en la cocina.

En noviembre, Adela faltó por primera vez. A las siete y media Mateo comprobó que tenía cobertura. A las ocho llamó al número.

Respondió una mujer joven.

—¿Sí?

—¿Adela?

—¿Quién es?

—Mateo. Hablo con ella los jueves.

Hubo un silencio que no se parecía a los de Adela.

—Soy Celia, la auxiliar que va a su casa. ¿Usted es Julián?

—No.

—Entonces, ¿quién es?

Mateo miró las cámaras. Un coche había quedado atravesado delante de la barrera porque el conductor no encontraba el ticket.

—Adela se equivocó de número hace unos meses. Desde entonces me llama.

—¿Y usted le sigue la conversación?

—A veces.

—¿Haciéndose pasar por su hijo?

—Le digo cómo me llamo. No siempre lo recuerda.

Celia soltó el aire despacio.

—Adela se cayó ayer. Está en observación. No se ha roto nada, pero el médico quiere que pase unos días ingresada.

—¿Está consciente?

—Sí.

—Dígale que he llamado.

—¿Qué le digo?

Mateo estuvo a punto de responder «que ha llamado Julián». No lo hizo.

—Dígale que llamó el hombre de los jueves.

Dos días después, recibió una llamada de un número desconocido.

—¿Es Mateo?

La voz era de un hombre de su edad, quizá algo más joven.

—Sí.

—Soy Julián Ortega, el hijo de Adela.

Mateo se levantó de la silla. No había nadie en la garita, pero bajó el volumen de los monitores.

—Celia me ha contado lo de las llamadas.

—Su madre tenía mal guardado el número.

—Eso ya lo sé.

—Intenté explicárselo.

—Durante cuatro meses.

Mateo no encontró una respuesta que no sonara a excusa.

—No debería haber seguido —dijo.

—No.

—Pero no le pedí dinero ni datos ni nada parecido.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, ¿qué está diciendo?

Julián tardó un poco.

—Que mi madre cree que usted soy yo.

—No siempre.

—¿Qué significa «no siempre»?

—Hay días en que sabe que me llamo Mateo. Otros no.

—Bloquee el número.

—De acuerdo.

—Y no la llame.

—De acuerdo.

Mateo colgó. Abrió el cuaderno y leyó varias páginas. Había anotaciones inútiles: «No poner canela en el arroz». «Celia deja la medicación en la caja azul». «Elena odiaba la playa». Cerró el cuaderno y lo guardó en el fondo del cajón.

Bloqueó el número.

El jueves siguiente, a las siete y doce, apareció una llamada silenciada. A las siete y veintitrés, otra. Hubo una tercera antes de las ocho. Mateo mantuvo el teléfono boca abajo.

La semana posterior no hubo ninguna.

Al tercer jueves, Adela llamó siete veces. Mateo desbloqueó el número a las nueve y media, cuando terminó el turno, y marcó desde el coche.

—¿Julián?

La voz sonaba cansada.

—Soy Mateo.

—Ya lo sé.

—Me han dicho que no hable contigo.

—¿Quién?

—Tu hijo.

—Mi hijo no llama.

Mateo apoyó la frente en el volante. El coche se había enfriado y el borde del parabrisas empezaba a empañarse.

—Está preocupado.

—Pues que venga.

—No puedo decirle lo que tiene que hacer.

—A mí sí me dices que cene.

—Porque me lo preguntas.

Adela guardó silencio. De fondo se oía una televisión muy baja.

—Me han traído a un sitio —dijo—. Hay una mujer en la habitación de al lado que grita por la noche.

—¿Una residencia?

—Dicen que solo hasta que esté fuerte.

Mateo sabía que aquello no era una respuesta a su pregunta.

—¿Cómo se llama el sitio?

Adela se lo dijo. Estaba a veinte minutos de su casa.

El domingo compró un bizcocho de limón en una pastelería y fue a la residencia. Durante el trayecto se repitió que solo dejaría el paquete en recepción. No tenía derecho a entrar en la habitación de Adela ni a ocupar el lugar de nadie.

La residencia olía a desinfectante y café recalentado. En recepción, una mujer de uniforme azul anotó su nombre y llamó por teléfono. Mateo esperó junto a una máquina de bebidas que zumbaba sin descanso.

Al cabo de unos minutos bajó Julián. Tenía el pelo gris muy corto, una cicatriz fina sobre la ceja y la mandíbula apretada. Llevaba una bolsa de naranjas.

—Usted es Mateo —dijo.

—Venía a dejar esto.

Julián miró la caja de la pastelería.

—No puede comer mucho dulce.

—Entonces se lo lleva Celia.

—¿Por qué ha venido?

—Porque me dijo dónde estaba.

—Le pedí que no hablara con ella.

—Lo sé.

La recepcionista levantó la vista. Mateo bajó la voz.

—No voy a hacerme pasar por usted. Solo quería saber cómo estaba.

Julián miró la caja y después la bolsa de naranjas.

—Lleva dos días preguntando por el del jueves. Cinco minutos. Después hablamos. Y si vuelve a llamarla, me avisa antes.

Mateo asintió. Julián firmó en la hoja de visitas y subieron juntos.

Adela estaba sentada junto a la ventana, con una manta sobre las piernas. Era más pequeña de lo que Mateo había imaginado. Llevaba el pelo recién peinado y un jersey de color vino. En la mesilla había un vaso de agua, un mando a distancia y una fotografía familiar.

Al verlos, señaló a Julián.

—Mira quién se ha acordado del camino.

Julián se acercó y la besó en la frente.

—Hola, mamá.

Adela miró a Mateo.

—Y tú eres el del jueves.

—Sí.

—Traes mala cara.

—He trabajado de noche.

—Julián también trabajaba de noche cuando estaba en la imprenta.

El hijo se sentó al otro lado de la cama.

—Mamá, yo no trabajaba de noche.

—No me corrijas delante de las visitas.

Mateo dejó el bizcocho sobre la mesa. Adela pidió que lo abrieran. Probó un trozo pequeño y dijo que estaba seco. Después pidió una naranja. Julián peló una y separó los gajos con cuidado, quitando las hebras blancas.

Los cinco minutos se alargaron. Hablaron de asuntos que Mateo no conocía: un primo enfermo, una casa vendida, Sara y Pablo, la vecina del cuarto. Adela cambiaba de época sin avisar. Julián la corregía al principio; luego dejó de hacerlo.

En un momento, ella señaló la fotografía de la mesilla.

—Ese día tu padre ya había bebido.

Julián apartó una hebra blanca de un gajo que ya estaba limpio.

—Sí.

—No fue para tanto.

—Mamá.

—No he dicho que estuviera bien.

—Has dicho lo de siempre.

Adela miró hacia la ventana. Su cara perdió expresión.

—¿Quiénes sois vosotros?

La auxiliar entró poco después para llevarla al comedor. Adela se dejó poner la chaqueta y, al pasar junto a Mateo, le tocó la mano.

—El jueves no llames tarde —dijo.

Cuando se quedaron solos, Julián recogió las pieles de naranja en una servilleta.

—Mi padre bebía —dijo—. A veces pegaba. Mi madre lo negaba al día siguiente. Cuando murió, quiso que habláramos de él como si hubiera sido otro hombre.

Mateo no respondió. Entendió que Julián no le estaba contando aquello para justificar su ausencia. Se lo decía porque Mateo había entrado en una historia que no era la suya y necesitaba conocer el límite.

—Vine durante años —continuó Julián—. Cada visita acababa igual. Ella decía que yo exageraba. Yo le recordaba cosas. Después empezó a olvidar de verdad y ya no supe qué parte de la conversación tenía sentido.

—No debería haber ocupado su lugar.

—No lo ha ocupado. Mi madre sabe que usted no es yo algunos días.

—¿Y los otros?

Julián tiró la servilleta a la papelera.

—Hay días en que tampoco me reconoce a mí.

Bajaron al jardín. El aire olía a tierra mojada. Mateo le contó cómo habían empezado las llamadas y le enseñó el cuaderno. Julián lo hojeó sin sentarse. Se detuvo en una página donde aparecían los nombres de sus hijos.

—Sara vive en Valencia —dijo—. Pablo ya no juega al baloncesto. Mi mujer se llama Elena, pero estamos separados.

—Su madre acertaba a ratos.

—Y usted completaba lo demás.

—Sí.

Julián cerró el cuaderno.

—No vuelva a decirle que es su hijo.

—No se lo digo.

—Si ella lo llama Julián, corríjala.

Mateo pensó en las veces que había dejado pasar el nombre para que la conversación continuara.

—Lo intentaré.

—No es difícil.

—Para usted quizá sí.

Julián lo miró, pero no contestó. Le devolvió el cuaderno y se marchó.

El jueves siguiente, Mateo llamó a la residencia a las siete y doce. Respondió una auxiliar y pasó el teléfono a Adela.

—¿Julián?

—No. Soy Mateo.

—Ya empezamos.

—El hombre del aparcamiento.

—Ah. El del bizcocho seco.

Mateo sonrió.

—Ese.

A partir de entonces, las llamadas cambiaron. Algunas semanas Adela marcaba el número de Mateo. Otras, era él quien llamaba a la residencia. Cuando ella preguntaba por Julián, Mateo decía que no era él. A veces Adela se enfadaba y colgaba. Otras aceptaba la corrección y seguía hablando.

Mateo enviaba un mensaje breve al hijo después de cada conversación: «Hoy estaba tranquila». «Ha preguntado por Sara». «Dice que le han robado un jersey, pero estaba en el armario». Julián respondía casi siempre con una palabra. «Gracias». «Voy mañana». «Ya sé cuál es».

Los domingos empezó a visitar a su madre con regularidad. Mateo no coincidía con él. No buscaba hacerlo.

En enero, Adela empeoró. Dormía muchas horas y hablaba poco. Una noche de jueves, la auxiliar llamó a Mateo.

—Está despierta —dijo—. Ha pedido hablar con el señor del aparcamiento.

Mateo se levantó de la cama y fue a la cocina por costumbre, como si desde allí pudiera hablar más bajo.

—Adela.

—¿Has cenado?

—Sí.

—¿Qué?

Miró la encimera. Había un plato sin recoger con restos de tortilla.

—Tortilla.

—Muy seca.

—Un poco.

Oyó una respiración cerca del teléfono y otra más lejos. Julián estaba allí.

—Tu hijo ha ido a verte —dijo Mateo.

—Ya lo sé.

—Eso está bien.

—No le digas lo que tiene que hacer.

—No se lo digo.

Adela tardó en volver a hablar.

—Tú tampoco eres tan listo como crees.

—En eso estamos de acuerdo.

Se oyó un ruido leve, quizá una risa. Después la voz de Julián.

—Se ha dormido.

—Está bien.

—No. Pero está tranquila.

Mateo se sentó a la mesa.

—Gracias por avisarme.

Julián colgó.

Adela murió tres días después. Mateo no fue al funeral. Envío una nota a la residencia para Celia y dejó de abrir el cuaderno durante varias semanas.

En febrero, Julián lo llamó para tomar un café. Se encontraron en un bar cerca del aparcamiento y se sentaron al fondo, junto a un radiador que chasqueaba. Julián sacó del bolsillo una hoja doblada. Era una lista escrita por Adela con letra temblorosa: nombres, teléfonos y recordatorios. «Celia, pastillas». «Sara, Navidad». «Pablo, niño». Junto al número de Mateo ponía: «Jueves. Contesta».

—No escribió Julián —dijo Mateo.

—No.

—Entonces lo sabía.

—Ese día sí.

Julián guardó la hoja.

—Mi madre me llamó muchas veces y yo ya no sabía qué contestar. Usted contestó sin saber quién era. Todavía no sé qué pensar de eso.

—Con Laura me pasa lo contrario —dijo Mateo—. Siempre creo saber qué hacer. Ese es el problema.

Julián removi  el caf , aunque no le hab a echado az car.

— La ha llamado?

Mateo supo que hablaba de Laura. Le había escrito sobre ella una madrugada, en uno de aquellos mensajes breves que acabó alargándose más de la cuenta.

—Le escribo.

—No es lo mismo.

Mateo no respondió. Reconoció el consejo porque era el que él había estado a punto de dar tantas veces.

Esa tarde salió del trabajo antes de las seis. Compró un bizcocho de limón en la misma pastelería y fue hasta la calle de Laura. Se sentó en un banco de la acera de enfrente. Podía dejar la caja en el portal, pero ya sabía lo que ocurría cuando resolvía las cosas sin preguntar.

Marcó el número.

Laura respondió al cuarto tono.

—¿Sí?

—Soy papá.

—Ya veo quién eres.

Mateo miró las ventanas del tercer piso. Una tenía las persianas a medio bajar.

—Estoy enfrente. No voy a subir.

—¿Por qué has venido?

Mateo miró la caja sobre sus rodillas.

—Porque lo del casero no fue ayuda. Y quería decírtelo sin entrar en tu casa.

La cortina se movió. Laura apareció detrás del cristal y lo vio en el banco.

—No puedes venir sin avisar —dijo.

—Tienes razón.

—Y no creas que un bizcocho arregla nada.

—No lo creo.

Laura permaneció unos segundos en la ventana.

—Espera ahí —dijo al fin—. Bajo un momento.

Mateo colgó. No abrió el cuaderno ni ensayó lo que iba a decir. Se quedó sentado con el teléfono en la mano hasta que oyó la puerta del portal.